

CAPITULO VI.

De las instituciones civiles, de las ciencias y de las letras durante el primer periodo del imperio.

Lo que caracteriza el primer periodo del imperio, es tambien el reinado de las ideas griegas que hemos visto introducirse en Roma en los últimos tiempos de la república. Todos los emperadores han sido educados por los sofistas de Atenas, y hemos visto en los Neronos y Domicianos pretensiones á la gloria literaria. En el siglo siguiente la filosofía reina bajo los nombres de los Marco Aurelios y Antoninos, y por su moderacion y prudencia hace la dicha del imperio. La literatura griega vuelve á estar en honor, y acaso en esta época la lengua de Homero y de Demóstenes era mas cultivada que la lengua de Ciceron y de Virgilio. Pero mientras que la Grecia reina en Roma con todo el brillo del poder y del genio, un gran trabajo de unidad se opera en el imperio. Las provincias no son ya maltratadas como lo eran en tiempo de la república, los emperadores las elevan insensiblemente á los mismos derechos y privilegios que Roma é Italia; ó mas bien ya no hay privilegios, ni mas que una ley para todos; los provinciales son ciudadanos como los Latinos é Italianos, todos los súbditos del imperio pertenecen á la misma familia. En cambio de estas concesiones, las provincias llegan á ser enteramente romanas. En las letras, en el ejército y en el gobierno producen hombres ilustres. Así la España produce en este primer periodo del imperio todos los poetas y retóricos mas célebres, y hace subir al trono de los Césares con Trajano algunos otros emperadores que toda la tierra bendice y venera. En el periodo siguiente, el Africa y la Siria desempeñarán el papel de la España, y veremos suceder á la edad griega la edad oriental.

§ 1. De la sociedad civil y de sus instituciones.

Poder de los emperadores. Despues de la muerte de Augusto el imperio obedeció servilmente á príncipes degradados por sus asquerosas infamias. Tiberio no era sino un lodo empapado en sangre, Calígula un loco furioso, Claudio un imbécil sanguinario, y Neron un monstruo cuyo nombre recuerda todas clase de vergüenza y de horrores. Habiéndose extinguido la familia de los Césares con este bárbaro, hubo por

un instante confusion y anarquía. Los emperadores pasaron por la escena como personajes de teatro, y la tranquilidad no se estableció sino al advenimiento de los Flavios y despues del establecimiento del sistema de adopcion que fue continuado en tiempo de Nerva y de los Antoninos.

En medio de todas estas revoluciones, el poder imperial habia de tender necesariamente al absolutismo. Sin embargo, es de notar que este principio no fue consagrado sino mucho tiempo despues de este primer periodo. A la verdad la república ne existia ya, mas la libertad dejó en todos los corazones vivos recuerdos. En todas partes la soberanía era considerada como que emanaba del pueblo, y se hizo mencion durante largo tiempo de los comicios y plebiscitos. El senado conservaba la jurisdiccion criminal y la administracion exterior de algunas provincias; nombraba los cónsules, pretores, y procónsules, reformaba las leyes, y podia censurar y deponer al gefe del Estado. Por desgracia la realidad no estaba de acuerdo con el derecho.

El miedo impidió siempre á los senadores que usasen de su derecho contra los príncipes, ó bien no usaron de él contra los Calígulas y Cómodos sino cuando la muerte puso fin á aquellas tiranías. No ejercian igualmente las demas prerogativas sino con consentimiento del emperador, de suerte que de hecho el poder imperial era absoluto, aunque no lo fuese de derecho.

Pero debemos hacer notar que los emperadores trabajaron sin cesar para aumentar sus derechos, retirando insensiblemente sus prerogativas á los senadores. Así el imbécil Claudio les quitó el derecho de decidir de la paz y de la guerra, de oír á los embajadores y de pronunciar acerca de la suerte de los reyes de los pueblos extranjeros. Adriano les dió un golpe todavia mas funesto creando nuevos empleos públicos en su palacio y ejército. El príncipe se encontró por consecuencia rodeado de un consejo supremo ante el cual se apelaba de las sentencias de los tribunales inferiores, y que llegó á ser el alma del gobierno. No obstante, bajo los Antoninos el senado conservó su dignidad, pero fue aniquilado de tal manera por Cómodo, que cuando algun ciudadano caia en desgracia se decia: *Ha sido relegado al senado.*

Estado de las provincias. Las provincias ganaron considerablemente con el establecimiento del reinado imperial. En lugar de ser entregadas como antes á cuestores y publicanos, de cuyas injusticias y vejaciones no podian quejarse, fueron administradas por gobernadores que velaron por su conservacion y prosperidad. En el caso de opresion, podian libremente hacer llegar sus quejas á los emperadores, y siempre eran escuchadas. El derecho de ciudadanía de que la república se habia mostrado tan avara, fue en cierto modo prodigado bajo el

régimen imperial. César había dado el primer ejemplo de ello. Haciendo dado el empadronamiento menos de trescientos mil ciudadanos, disminuyó el número de los esclavos aumentando el de los libertos. Augusto, que había abandonado el sistema de las conquistas, quiso también disminuir las manumisiones; pero se vió obligado á quitar estas trabas para aumentar el número de los defensores del imperio. Todos los emperadores, aun los mas crueles, siguieron la misma política; todos los empleos llegaron á ser accesibles para los provinciales, y se les abrieron las puertas.

En los primeros tiempos, el título de ciudadano romano eximia de toda contribucion. Los provinciales que le habían obtenido, consiguieron por este medio todas las facilidades posibles para extender sus propiedades, puesto que no se les causaba por ello gravámen alguno. Por este motivo las tierras iban á concentrarse en algunas manos. Con el objeto de obviar este inconveniente, Galba no concedió ya á los nuevos ciudadanos sino ciertas exenciones determinadas; pero en tiempo de Vespasiano los provinciales que gozaban del derecho de ciudadanía no fueron exentos por este título de carga alguna. Los ciudadanos tenían solamente la ventaja de participar de los dones gratuitos y de las distribuciones públicas, lo cual aprovechaba muy poco á los habitantes de Roma. Mas tarde este título no fue ya una distincion sino con respecto á los Bárbaros. Caracalla lo extendió á todos los súbditos de su imperio, de modo que no hubo ya en el mundo mas que Bárbaros y Romanos, esto es, hombres civilizados y sin civilizar.

Unidad del imperio. Esta concesion no fue, si se quiere, por parte de este vil emperador una gran liberalidad. Aboliendo todo privilegio, su edicto no tenía otro resultado que el de hacer pesar igualmente sobre todos las cargas del Estado. Pero bajo el punto de vista de la humanidad había en esto un progreso. Todas las distinciones establecidas por el espíritu nobiliario de la república entre los habitantes de Roma, del Lacio, de Italia y de las provincias no existian ya; el mundo había llegado á una especie de unidad. Los emperadores, á ejemplo de Antonino, se habían acostumbrado á considerar el imperio en todas las provincias y el mundo civilizado en el imperio.

Se abrieron caminos por todas partes; y desde Roma hasta las extremidades mas lejanas se organizó un servicio de correos regular para trasportar á todas partes las órdenes del gobierno. Esta comunicacion de ideas borbó con rapidez todas las diferencias de costumbres, de caracteres y hábitos que existian entre los mil pueblos subyugados por la espada romana, y de un extremo al otro del imperio no se encontraba en breve mas que ciudadanos de la misma patria.

El derecho romano, que antes se limitaba á arreglar las relaciones de la familia y de la ciudad, recibió desarrollos análogos á los del imperio. Al fin de la república, en tiempo de la guerra social, se empenó una lucha entre los jurisconsultos: unos sostenian la ley de las Doce Tablas y los antiguas tradiciones de la ciudad de Rómulo; otros apelaban á la razon y tomaban consejo de las circunstancias y de las necesidades presentes para elevarse á una teoría mas amplia, á una legislación universal é inmutable, como el imperio pretendia serlo. En tiempo de los emperadores estas ideas se consolidaron y acreditaron cada dia mas. El derecho quiritarario luchó contra el derecho de gentes, del mismo modo que las provincias lucharon contra la ciudad, y antes de que los provincianos obtuviesen universalmente el derecho de ciudadano, el antiguo derecho quiritarario era vencido. Adriano le había herido de muerte publicando su *edicto perpétuo*. Este monumento sirvió de base para aquella legislación vasta y profunda que fue ampliada por Teodosio y coronada por Justiniano.

La unidad fue también el objeto que se propusieron alcanzar con respecto á la religion. Roma se había manifestado al pronto muy severa para con los cultos extranjeros. Se cree que la ley que los prohibia fue dictada por Rómulo, y encontramos en Tito Livio muchos decretos dados contra los que infringian esta ley. Sin embargo, á pesar de todos sus esfuerzos, Roma no pudo librarse de la influencia de las naciones que había vencido. Ya hemos visto que se vió obligada á aceptar la mitología griega con todas sus fábulas y símbolos. Esta alianza perjudicó á la simplicidad del antiguo culto, y en los últimos tiempos de la república los arúspices no podian ya mirarse unos á otros sin reir.

En medio del escepticismo universal, el gobierno de Roma adoptó un sistema de aproximacion y semejanza, tratando de identificar las ideas griegas y romanas con todas las de las naciones vecinas. Como la mayor parte de estas religiones estaban fundadas en la deificación de la naturaleza y de las fuerzas materiales del mundo y de la humanidad, esta fusion no ofreció grandes dificultades, y muchas veces no hubo que cambiar mas que los nombres para establecer entre estas diversas formas de politeísmo una armonía exterior.

Cuando la diferencia era demasiado profunda y fundamental, si la nacion era débil y bárbara y se podia violentarla sin peligro para Roma, se tachaba su religion de falsa, peligrosa é impia, y se la aniquilaba por la fuerza. Así es como obraron con el druidismo en Gália y en la Gran Bretaña. Pero si por el contrario la nacion era célebre, se contentaban con desterrar su culto de los muros de Roma y con prohibir su ejercicio en Italia. Esto es lo que se hizo con la religion de

los Egipcios, pero inútilmente. El año de Roma 534, un cónsul echó abajo el templo de Serapis en Roma, pero sin impedir que el pueblo creyese en él. Augusto luchó contra estas supersticiones; pero á pesar de sus esfuerzos, Isis, Serapis y el buey Apis eran adorados de todos. Tiberio echó á los adoradores de Isis, hizo crucificar á sus sacerdotes y destruyó sus templos. Claudio deploró sin poder debilitarla la preocupacion del pueblo en favor de estas extrañas novedades. Los templos de Isis y de Serapis fueron levantados de nuevo en Roma bajo Vespasiano, y ninguna divinidad era mas popular. El triunfo de estos dioses impuros provenia principalmente de que su culto favorecia la corrupcion, y por la misma razon veremos á las religiones del Oriente llegar á ser superiores en la época siguiente.

Desde entonces todos los cultos se mezclan y confunden. Elévanse algunos panteones en Roma y en todas las ciudades mas importantes del imperio. Pero esta mezcla extravagante de todas las religiones extingue el sentimiento religioso. La duda se encuentra en el fondo de todos los corazones, y los filósofos son los únicos que dan una exterioridad de vida á esta sociedad moribunda.

§ II. De las letras griegas y latinas.

De la filosofía. La filosofía que estaba entonces en honor era la de los estoicos. Confesaremos con san Justino y demas Padres de la Iglesia que la secta de los estoicos se ha elevado á una moral á que no llegaron las demas sectas filosóficas. Pero estamos lejos de tener por ella el mismo entusiasmo que algunos escritores. Esta escuela no tiene base, porque jamás pudo establecer sus preceptos sobre creencias firmes y sólidas. No conocia el origen ni el fin del hombre, ¿cómo hubiera podido dirigirle con seguridad por la senda de la vida? Sus discípulos no tenian otra virtud que la exageracion, esto es, un orgullo excesivo, y fundaban su vanidad en el desprecio que hacian del dolor. Epicteto, uno de sus mas grandes apóstoles, dijo un dia á su maestro que se divertia en torcerle la pierna: *Cuidado que se va á romper.* Habiendo continuado este, y habiéndosela roto en efecto, el filósofo se contentó con decir: *¡ Bien se lo había dicho á usted!*

Por lo demas, esta austeridad aparente no venia á parar sino en semejantes farfantonerías. Jamás creyeron al hombre obligado para con sus semejantes mas que por la estricta justicia. El afecto, el espíritu de sacrificio les eran desconocidos, y esto les hizo impotentes para curar los males de su siglo. La mayor gloria de esta secta es el haber dado á Roma emperadores tales como los Antoninos.

Literatura griega. Aunque sospechamos que hay mucha exageracion en los elogios que se han hecho de estos príncipes, al menos no podemos disimularnos todo el bien que han producido. Sin hablar aquí del orden político, recordaremos que devolvieron á los estudios toda su actividad. Las escuelas griegas principalmente tomaron en Roma tanto favor que llegó á ser una mania. La proteccion de los emperadores atrajo á ella una multitud de letrados, sofistas, historiadores, retóricos, gramáticos, poetas y sabios que acudian de todos los puntos del Oriente para hacer fortuna: Plutarco, tan conocido por sus *Vidas de los hombres ilustres*, y por sus tratados de filosofía contenidos en sus *Obras morales*, vino de Cheronea. Arriano, historiador de las guerras de Alejandro, vino tambien de Cheronea. Luciano, autor satírico de los *Diálogos de los Muertos*, y de una infinidad de otros escritos llenos de gracia y primor, dejó su amada Samosata; Herodes Atico salió de Maraton para trabajar en la educacion de Marco Aurelio: en fin, el erudito Pausanias prefirió el Lacio y sus campiñas á las costas de la Lidia. Hubo entonces en todo el imperio un gran movimiento de ideas; pero de toda esta agitacion nada salió verdaderamente original ni notable.

Decadencia de la literatura latina. Al mismo tiempo que la tiranía de los sucesores de Augusto ahogaba la libertad, tambien apagaba la inspiracion. La sombría desconfianza de los emperadores habia hecho impotentes los talentos. Se habia visto á Elio Saturnino precipitado del Capitolio por algunos versos imprudentes, á M. Scauro castigado de muerte por una tragedia, en la que Tiberio creyó reconocerse en el personaje de Agamenon; Cremucio Cordo acusado por haber alabado á Bruto y llamado á Casio el último de los Romanos; ya no se atrevia escribir. Por mas que los emperadores reunieron bibliotecas y fundaron escuelas, no habia con qué resucitar el genio. Las bibliotecas no eran en su mayor parte sino objetos de lujo, y en las escuelas la elocuencia estaba reducida á la declamacion, la historia al panegírico, y el estilo á la gramática. Excepto algunos hombres que habian conservado en lo interior de su corazon un amor vivo y sincero de la libertad, no encontramos en este periodo de decadencia ningun escritor de genio.

De la poesia. Y así, entre los poetas, Lucano escribió la *Farsalia* con númen y calor, y su amor á la libertad le dió muchas veces magníficas inspiraciones; pero el odio de la tiranía le obligó á abrirse las venas y morir víctima de la cólera de Neron. Los grandes desórdenes que reinaban entonces en el imperio inspiraron indignacion á Persio y á Juvenal, y esta indignacion hizo grandes poetas. Pero despues de estos hombres célebres ya no podemos citar mas que poetas de corte. Sió Italico se hizo espía de Neron y escapó de la muerte por medio de tan

deshonrosa cobardía. Adoraba á Ciceron y á Virgilio, y poseía sus casas de campo, pero estaba lejos de haber heredado su genio. Su poema desprovisto de imaginacion y de entusiasmo, no es mas que una larga prueba de memoria, una especie de esfuerzo para hacer entrar sus pensamientos en los hemistiquios que roba á Virgilio y á los demas poetas del siglo de Augusto. Estacio el cortesano es todavía mas insulso en sus *Sylvas*, mas pesado y fastidioso en su *Tebaida*, la cual no era, en su idea, sino una introduccion á su *Aquileida*, en la que se proponía sobrepujar á Homero. El español Marcial pasó su tiempo en componer epigramas, de los cuales la mitad son adulaciones asquerosas en alabanza de Domiciano. Exaltaba la santidad y la virtud de este príncipe infame para que le diese de comer.

De la elocuencia. Si la poesía hacia oír tan débiles acentos, ¿ qué podía ser la elocuencia en un tiempo en que el senado y el pueblo no tenían autoridad real? Explotada por los retóricos para divertir y entretenir el tiempo desocupado de sus discípulos, no era mas que un arte y se ejercitaban únicamente en hacer declamaciones sobre temas como estos: *Exhortar á Agamenon para que perdone á Ifigenia; á Sila para que abdique la dictadura; á Anibal para que no se ablande en Capua*, etc., ó bien llenaban de observaciones y comentarios las obras maestras producidas por las edades anteriores. Así es que en lugar de grandes monumentos oratorios, solamente encontramos en aquel tiempo retóricas en que se exponen las reglas del arte, los principios del gusto, y donde se habla con admiracion de los antiguos modelos, sin que nadie piense en igualarlos. De todos los retóricos el mas famoso fue Quintiliano. Nació en Calagurris, de España, y nos dejó, bajo el título de *Instituciones oratorias*, la coleccion de todas las reglas mas útiles para formar el gusto y desarrollar la inteligencia. De esta obra han tomado sus preceptos la mayor parte de los retóricos. Tambien escribió declamaciones que prueban que se pueden conocer muy bien las reglas de la elocuencia sin ser orador. No tenemos de toda esta época mas que un solo discurso que, por supuesto, es un *panegirico*. Plinio el jóven lo compuso en alabanza de Trajano. Su talento compensa todos los defectos indispensables de semejante composicion, pero nos parece mas interesante é instructivo en sus *Cartas*, aunque por otra parte haya puesto en ellas mucha afectacion y esmero.

De los historiadores. La historia fue mas dichosa que la elocuencia y la poesía. Despues de la muerte de Domiciano, fue escrita por un hombre de genio. Tácito, natural de Interamna en la Ombria, se hizo el admirador de las virtudes antiguas, y debió á su amor por la libertad esa elocuencia grave y fuerte que caracteriza sus escritos. Escribió la

Vida de Agricola, su suegro, y principió así por la mas magnífica de sus obras maestras. En seguida pintó las *Costumbres de los Germanos*, lo cual era una sátira indirecta de todos los excesos que se cometían en Roma. Su objeto era hacer que el mundo civilizado se avergonzase de sus vicios, y fijase sus miradas en la simplicidad y pureza de la vida de los Bárbaros. En fin publicó sus *Historias y Anales*, que el tiempo ha mutilado por desgracia.

Suetonio recogió una multitud de anécdotas acerca de los doce Césares. Nos hace penetrar en su vida íntima, nos revela sus vergüenzas con una frialdad increíble, y distribuye por categorías sus virtudes y vicios, como un panegirista, sin consideracion al orden de los tiempos. Despues de él no se pueden citar mas que compendiadores, como Veleyo, Justino y Floro, ó biógrafos como Quinto Curcio y los autores de la *Historia de Augusto*, Sparciano, Capitolino, Lampride, etc.

La literatura está en plena decadencia, y una nueva era va á principiar.